

Siempre me estremeció, juzgando que era
Del breve curso de mis tiernos años
Aquél postrer *adios* la hora postrera.
¡Qué bien previa los presentes daños,
Y que á estos duros y empinados riscos
Había de contar mis desengaños!

Tú, peñasco, que el valle y los apriscos
De la inclemencia de Aquilon resguardas,
Guarnecido de chopos y torbiscos,
A esos luceros, celestiales guardas
De la morada eterna, lleva el eco
De mis tristes suspiros; ¡á qué aguardas?

Diles que al penetrar el hondo hueco
De tus entrañas, de dolor heridas,
O las ablando en parte ó las derruoco.

Del cáñamo las hebras retorcidas
No obedecen, ni el báculo fúndoso
Mis simples ovejunas esparcidas,
Que con errante paso, temeroso
De haberse estremecido, dan indicio
Del són de su pastora, lastimoso.

El ciervo vividor, que de un solsticio
Al otro contra el tiempo las porfias
Numera en su enramado frontispicio,
Acrisolando más sus cobardías,
Teme, asustado, mis dolientes voces
Más que del cazador las correrías.

Cortan el viento pájaros veloces,
Atraviesan los brutos la montaña,
Huyendo van los mansos y feroces,
Los horroriza mi congoja extraña,
Y el Genil de estos campos se retira,
Oculto entre la juncia y la espadana,

En el Bétis, buscando blanda pira,
Con más que nunca acelerado curso,
Por no alcanzar á oír á quien suspira.

Volved todos, volved, que ya el recurso
De mi mal hoy de más será callarle;
Sufriré de los tiempos el transcurso.

El andosco retoce, el ave garle,
Que yo sabré escribirle en las arenas,
Y en esos blancos álamos grabarle.

De la tierra con lágrimas las venas
Regaré porque crezcan, y con ellos
El fatal testimonio de mis penas.

Ningun mortal se atreverá á ofendellos,
Más que el laurel del rayo respetado
Será el follaje de sus ramos bellos.

Dirá el árbol á Alcides consagrado
El triste fin de mis alegres días,
Días dichosos del primer estado.

Ea, dejadme, locas fantasías;
Borrad de mi memoria los placeres
Y glorias breves porque fueron mías.

La más constante yo de las mujeres,
Haré que mi fineza al mundo asombre
Cuando eternos del sol los rosicleres

Escrita la hallen siempre con el nombre
De quien afirma no hay en todo el mundo,
Para la que bien quiere, más que un hombre.

Tú eres, Elfino, el solo, el sin segundo,
Y ántes la grey, por mi dolor dispersa,
Beberá al Tigris su raudal profundo,

La que apacienta el ganadero persa
Desfrutará la bética retama,
Y del Guadalquivir la linfa tersa;

Antes amor cruel contra quien ama
Tendrá de tiernas lágrimas hartura,
Antes de arroyos la sedienta grama,

O la golosa cabra de verdura,
O la industriosa abeja de cantueso,
Que yo de consagrarte mi fe pura.

Ausente estás; ¡qué importa? no por eso
Puede entibiarse quien de veras quiso;
Cobra en la ausencia amor mayor exceso.

Mas la Licisca desde aquí diviso,
Y ánn un rabel escucho; clara seña
De que viene detrás su dueño Anfriso.

El es, y sus obsequios no desdeña,
Como en otro tiempo, la sin par Elisa;
¡A qué un rendido porfiar no empeñal

¡Venturosos pastores! Por la prisa

Con que caminan no podré ocultarme,
Ni es bien mezclar mi llanto con su risa;
Tampoco quiero nueva pena darme,
O bien verdad les diga ó los deslumbré,
Si llegasen la causa á preguntarme.
Que duermo fingiré, pues de la cumbre
De la frontera sierra superada
Llevan los dos la inmensa pesadumbre.

POETA.

Dijo Lafina, y luégo reclinada,
Profundo sueño á simular empieza,
No ménos bella cuanto más postrada.

Llegan, y exclama Elisa con presteza:
«Suspende el eco á nuevas maravillas,
Que duerme de Diana la belleza.

» ¡Ojos cargados, humedadas mejillas
Y acelerado respirar no adviertes?
¡Oh fuerza de pasión, que así la humillas!

» Lafina es ésta, y los pesares fuertes
De una ausencia, sin duda, la rindieron.
¡Desventurado amor! No la despiertes.»

Silencio mutuamente se impusieron,
Y con medidos pasos sigilosos,
Mudas las cuerdas del rabel, partieron.

Entre tanto los nùmenes piadosos
En verdadero el sueño transmutaron,
Fueron dosel los árboles umbrosos;

Mansamente los céfiro soplaron,
Sordo lamió el arroyo la floresta,
Los corderillos sin balar mamaron
Y el sol templó los rayos de la siesta.

LAS CORONAS DEL TIEMPO

Oda dirigida á la Real Sociedad Económica de Amigos del País
de Granada, por su encargo, para que se leyese en ella el día 20
de Enero de 1788, con motivo de la distribución de premios
respectivos á las tres nobles artes, pintura, escultura y archi-
tectura y á la del grabado.

Abrió con llave de oro
Jano las almas puertas
Del año en que la España
Decenios tres faustisimos numera.

Las cuatro de sus quicios
Perpétuas centinelas,
Por quienes otros tantos
Rige hipogrifos el mayor planeta;

Las *horas* ó estaciones,
Que el universo templan,
Su método abandonan,
Y por salir airozas se atropellan.

De Granada á la grave
Patriótica asamblea,
Cargadas de coronas,
Que al mérito previenen, se presentan.

De cipres el otoño,
De acónitos, adelfas
Y de mortal beleño
Compone y entreteje la primera;

Y los mejores rasgos
Galaradona con ella
Que al triunvir del Oriente
En la acción más piadosa manifiestan (1).

Cuando el caudillo bravo,
Que más el ver exenta
La patria del real yngo
Que el favor de los césares aprecia,

Yace de Macedonia,
Cadáver, en la arena,
Del interes robadas
Las tónicas de Pálas opulentas;

Y Antonio, que á un amigo
Consagró su elocuencia,
Provocando á venganzas
Con la teñida púrpura de César,

(1) Asunto del primer premio de pintura. Encuentra Marco Antonio el cadáver de Bruto en el campo de batalla, desnudo por la codicia de los soldados, y lo cubre con su preciosa cota de armas. Al óleo, en un lienzo de cinco pies de alto y tres de ancho.

Con su enemigo ahora
Su humanidad demuestra,
Y á otro sangriento adorno
Sustituye la cota, que desecha.
La segunda corona,
Que vides hermosean,
Destina al que retrate
La víctima de Baco más tremenda (1).

Coreso, sacerdote
De la deidad lenea,
Arde, sin esperanzas,
En el amor de Caliroe bella.

Siente el dios el desaire,
Y á la nación molesta;
Sólo la vida quiere
De Caliroe, ó quien por ella muera.

Va á ensangrentar del ara
Los jaspes la doncella,
Y Coreso es á un tiempo
Ministro amante y dolorosa ofrenda.

De sagrados laureles
Tercer corona apresta
Al que mejor dibuje
Del Apolono copia más perfecta (2).

Pablo apóstol, dejando
La pérdida Judea,
Predica á los gentiles,
Y el vaticinio de Isatas llena.

En Listra milagroso (3)
Con Bernabé se ostenta,
Y en éste imaginaron
Que Júpiter bajaba de la esfera.

Admirando del otro
La peregrina lengua,
Al nuncio de los dioses
Pensaron ver en su persona mesma.

Los toros y coronas
A sus umbrales llega
Idólatra ministro,
Que unido al pueblo, el sacrificio intenta.

La impia apoteosis
Intrepidos detestan,
Sus vestiduras rasgan,
Y así exclaman de Cristo los atletas:

« ¡Qué intentais, licoonios?
Mortal, como la vuestra,
Es esta organizada
Forma, que al alma noble se sujeta.

» Pasad del triste estado
De vanas apariencias
A adorar al Dios vivo,
Que crió el mar, los cielos y la tierra.»

Tal es á la escultura
La histórica propuesta,
Que hábiles profesores
Y discípulos llama á la palestra.

Su diseño el estío
En distinguir se esmera
Con corona de espigas,
Que el más santo holocausto representan.

De pacífica oliva
Con otra lisonja
Al que la acción heroica
De Alfonso el Quinto de Aragon modela (4).

(1) Del segundo. Al punto de ir á ser sacrificada Caliroe ante las aras de Baco, por su orden, para aplacarle, por no querer ésta responder á su sacerdote Coreso, este vuelve contra su mismo pecho el cuchillo y muere víctima de su amor. De aguada ó de tiza ó de lápiz; de cualquier color, gastado, plumado ó estufado, á elección del opositor, y en pliego de marca.

(2) Del tercero. Dibujar la estatua del Apolono en pliego de marquilla.

(3) Del primero de escultura. Previene en Listra el sacerdote de Júpiter los toros, coronas y demas instrumentos del sacrificio ante las puertas de la habitación de los santos Pablo y Bernabé, teniéndolos por Jove y Mercurio; y los apóstoles, rasgando sus vestiduras, desengañan y predicán al pueblo. De bajo relieve, en un plano de tres pies de ancho y dos y medio de alto.

(4) Del segundo. Se arroja á los pies de Alfonso V de Aragon uno de los conjurados, confesando su delito y entregando una lista de todos los traidores; este principe la rasga sin querer leerla. De bajo relieve, en un plano de tres cuartas de alto y dos y media de ancho.

Príncipe generoso,
Cuya real clemencia
No al rendido se cede,
A los rebeldes todos se franquea;
Y la vista apartando
De aquella infiel caterva,
Antes da que al olvido,
La lista al viento, dividida en piezas.

¡Qué bien á un tiempo mismo,
Oh Sociedad, fomentas
Del cincel los esfuerzos
Y la memoria fiel de las proezas!

Por última, frondosa
Guirnalda trae de hiedra,
Con que el mejor modelo
De la estatua de Baco se laurea (5).

Aparece el Invierno
Con otras tres diademas;
Así á la arquitectura
Galaradona sus útiles tareas;

Y el alumno que diestro
Más digno plan ofrezca
De un santuario (6) en donde
Brillen del arte las seguras reglas,

Se eleve la fachada,
El atrio se engrandezca,
Y el sacerdote, el huésped,
De su cruda intemperie se defienda;

La que en sus largas noches,
A la luz de una hoguera,
Tejió de pinos y hayas,
Pondrá en las sienas con su mano yerta,

Destina la segunda,
De vástagos compuesta
De los álamos altos
Que cercan de la Alhambra las almenas,

Al que de Carlos Quinto
Mejor el aula régia
Dibuje que á su falda
Muda ensalza del arte la excelencia (7).

En primorosos lazos
Construyen la postrera
Lozanas siempre vivas,
De prodigiosa duración emblema.

Con este distintivo
Delineados premia
El que el órden compuesto
Cornisamiento y capitel enseña (8).

Con presunción de hermosa
Y vanidad de reina,
De esotras estaciones
Se deja ver la fértil Primavera.

De su virgineo seno,
La que de sus florestas
Guirnalda formó sola
De fragrantés y blancas azucenas,

Saca festiva, y dando
De sus beneficencias
Insignes testimonios,
Así sus labios de carmin despliega:

« Celosos granadinos,
Cuya aplicada escuela
Las innatas piedras
Del soberano Carlos se granjea,

» A aquel que se aventaja
A cuantos desempeñan
Del buril el asunto,
Aquestos lirios dad á manos llenas.

» Considerada en ellos
La Providencia eterna,
A la que sola deben

(5) Del tercero. Modelar en bajo relieve la estatua de Baco, en un plano de dos pies de alto y medio de ancho.

(6) Del primero de arquitectura. El plan de una ermita célebre, con su atrio, sacristía, habitación del capellan, hospedería, etc. Su fachada y corte interior todo geométrico, y su explicación por números, en pliegos de marca.

(7) Del segundo. Fachada principal del palacio de Carlos V en la Alhambra, que está á la vista de la placeta de los Aljibes. En un pliego de marca mayor.

(8) Del tercero. Dibujar en grande, en planta y elevación, el capitel y cornisamiento del órden compuesto.

Nutricion, incremento y subsistencia,
 » La imagen de aquel héroe (1),
 Ornato de Vicencia,
 Premiada, que con su ejemplo
 Los mundanos afanes menosprecia;
 » Cuyo fiel prototipo
 Paga en magnificencias
 A un palacio decretos
 Que adornaron de rayos su cabeza.
 » Y vosotros ufanos
 Estad de que á las vuestras,
 Oh ilustres vencedores,
 Las coronas del mérito descendian.
 » No aquellas de oro puro,
 Que denotaban tersas
 Vencidos embarazos
 De fosos, estacadas y trincheras;
 » Ni de silvestre encina,
 Que orlaban en la guerra
 Las sienas del que osado
 La vida del patriota hurtó á las flechas;
 » Ni de menuda grama,
 Que el sitiador no huella,
 Por el contrario esfuerzo,
 Que levantó las opresoras tiendas;
 » Ni ya las que alcanzaron
 Marciales ligerezas
 Que al muro y á la nave
 El terror condujeron las primeras;
 » No las desoladoras
 Victorias os recuerdan;
 Marte durmió, su hermana
 Depuso el ceño y apagó las teas,
 » Coronas son del tiempo,
 Cuya perenne rueda,
 Por órden de Saturno,
 Agitamos las cuatro compañeras.
 » Del tiempo en que no sólo
 Carlos la espada cuelga,
 Y manda en sus dominios
 Enmudecer las bélicas trompetas;
 » Sino también de Europa
 Los disturbios serena,
 Y árbitro de los reyes,
 Su poderosa decision respetan.
 » Tiempo de paz y tiempo
 En que admirarse dejan
 Los visibles aumentos
 Del comercio, las artes y las ciencias.
 » Los cuatro señalados
 Ramos que á tal empresa
 Os conducen, testigos
 Fieles serán de sus munificencias.
 » Y a estas diez insignias,
 A futuras contiendas
 Provocando aspirantes,
 Producirán prosperidades nuevas.
 Dijo, y el sabio cuerpo
 Dulcísimas cadencias
 Opuso al plectro ronco
 Con que el suceso refirió el poeta.

LLANTO DE GRANADA.

Elegía que, con motivo del fallecimiento de su augusto fundador, el señor rey don Carlos III, se leyó en junta general, celebrada el 28 de Febrero de 1789 por la Real Sociedad de Granada.

Allá en los campos fértiles de Iberia,
 Sobre los cuales orgullosa empina
 Su mole colosal entre las otras
 Pirámide grosera encanecida;
 Sitios alegres de verdor ameno,
 Donde las almas, se creyó algún día,
 De sus ligeros crímenes purgadas,
 Gozar interminables las delicias (2);

(1) Del único de grabado. En una lámina correspondiente á medio pliego de marca grabar en dulce la imagen de san Cayetano, segun la estampa que representa la estatua que está en el Vaticano.
 (2) Es opinión que los antiguos colocaban en la vega de Granada los Campos Elísios.

Parece que una noche (noche horrenda,
 Que así mis pensamientos intimidas,
 El pecho hielas y la voz ahogas,
 Turbas la mente y el bello erizas,
 Permíteme pintarte), oscuro el orbe,
 Las luces de los astros escondidas,
 Y su estacion, pesada más que nunca,
 Enuelta entre las sombras de si misma,
 Yo no sé qué pronósticos fatales
 Con mudas frases de silencio hacia
 A Granada y su reino, que al descanso
 Se entregaba forzoso de la vida.
 Cuando para tocar en Amaltea
 Faltaban ocho auroras á las bridas
 De Etonte y de Flegon, cuyo retiro
 De más horror su lobreguez vestía (3),
 La dominante Alhambra veladora
 Significó con pulsacion sencilla
 De su metal, que de la larga noche
 Daba principio la tercer vigilia.
 El ave escarmentada de Minerva
 Alzó la ronca voz, que prevenia
 Brillante luz de nuevos resplandores
 Y del planeta cuarto la venida.
 Asístase la tierra al mismo tiempo
 Que se la anuncian sus futuras dichas,
 Dichas mezcladas con mortal quebranto,
 Porque no hay nueva luz, si otra no espira.
 No acabó de correr la primer hora (4),
 Y el aquilon enfurecido silba,
 Tiemblan las sierras, las esferas crujen,
 Y de la España el corazon palpita.
 Lúgubre voz, al parecer formada
 Del labio funeral de Libitina,
 Las peñas de los montes estremece,
 De la region el ámbito horroriza.
 «Murió el Rey de Granada», se la escucha
 Articular, y luego enternecida,
 Entre el bramido de los roncós vientos
 Se deja percibir lo que suspira.
 Miedo y pavor, caballos desbocados,
 Que rompiendo del dios de la milicia
 Los tirantes, desierta la carroza,
 De Belona el azóte inutilizan,
 Con cuádruple sonido de su planta,
 De la famosa vega conmovian
 El campo todo, y del torrente yerto
 Hendido el hielo, en átomos rechina.
 Tened, brutos indómitos; modere
 Vuestro furor los brios con que pisa;
 Mirad que á los leales corazones
 Que esa ciudad encierra atemorizan.
 No á su rumor despierten, y escuchando
 Desprevenidos la fatal noticia
 De que no vive Carlos, presurosos
 A morir tras su dueño se aperciban.
 Si no es que ya de tanta desventura
 Ellos mismos el golpe vaticinan,
 Y es inútil querer se les oculte
 Lo que su propia turbacion les dicta.
 Ya se me representa aquel emporio,
 Que anima dolorosa fantasta,
 Triste matrona sobre verde césped,
 Sentada del Genil á las orillas;
 Dando el cabello á las confusas anras,
 Y hurtando al sol los rayos con que brilla,
 Piensa volver del Darro á las arenas
 El oro que le dieron y no estima.
 De la tristeza simbolo, sus ojos
 Levanta al cielo, y su bondad propicia,
 Complacida del noble sentimiento,
 Copioso dón de lágrimas la envia.
 Aljófares preciosos se desprenden,
 Y apoyada en su diestra la mejilla,
 Por el marfil hermoso de su brazo
 A humedecer la tierra se desliza.
 A impulso de sollozos, que la ahogan,
 Rompe el collar de finas margaritas,

(3) Murió el Rey en 14 de Diciembre, ántes de salir el sol.
 (4) Y ántes de la una de aquella noche.

Y mezcladas las perlas con las perlas,
 Enriquecer intentan la campiña.
 Mas ¡oh qué de fantasmas, qué de sombras
 Pueblan del viento la region vacía,
 Que á la beldad acongojada inquietan,
 Causando en ella la impresion más viva!
 La enfermedad, espectro macilento,
 Que á todas partes la cansada vista
 Tiende, por si de lejos, temerosa,
 La cruel tijera de Atropos divisa;
 Las Hadas tres, con bárbara jactancia,
 Más que por ser de Jove y Témis hijas,
 Ufanas del rigor inexorable,
 Y del triunfo mayor envanecidas;
 La muerte, en fin, con pálido semblante
 Presidiendo á las otras, se imagina
 Granada que, en tropel acometiendo,
 Confabuladas vienen á abatirla.
 La pena, la opresion, el desaliento,
 El sobresalto y la orfandad seguian,
 Tribulacion, amarillez, angustia,
 Afliccion y terror, duelo y desdicha.
 Así estos monstruos en infausta escena
 De la márgen opaca de la Estigia,
 A superiores auras revocados,
 Por funestas imágenes se explican.
 A otro lado las ciencias desmayadas,
 Las artes tras las ciencias doloridas,
 Los oficios, la industria y el comercio,
 Se dejan ver con lúgubres insignias.
 Comun derecho, público, y vosotras,
 Jurisprudencia patria y pontificia,
 Lenguas, concilios, dogmas y liturgia,
 Eclesiástica historia y disciplina.
 Os presentais en traje de amargura
 Por aquel protector que os eterniza,
 Y en aulas, seminarios y academias,
 Vuestra enseñanza y esplendor cultiva (1).
 Habla tú ya, feraz naturaleza;
 ¿Qué crudo cierzo tu verdor marchita?
 ¿Por qué á esos tres teatros de tus reinos
 Corres así la trágica cortina?
 ¿Temes que ya la tierra con sus flores
 Deje de matizar las praderias?
 ¿Qué bruto no la habite, ni aye al viento,
 O que el bronce en sus venas se derrita?
 ¿A tus ojos, que alegran á los campos,
 De llanto inundas, y la mano aplicas,
 Por no ver el museo matritense,
 Donde Carlos tus dones deposita?
 La botánica, esa arte que á tu diestra
 Es eco de tus ayes, á quien digna
 De revelarla hiciste tus arcanos,
 Y tus ricos tesoros facilitas,
 De hielo más tenaz cubierto el pecho
 Que el que al hielco á la sazón lastima
 De Carlos su erector en la real córte,
 Con que labrarle piensa tumba fria,
 Venus de la lealtad, segun demuestra
 Su palidez, parece que afligida
 De la desgracia, que observó, en sus plantas
 Siente de sus vergeles las espigas;
 O que áspid en virgultos encubierto
 Sus delicadas venas martiriza,
 O á un natural descuido en sus tareas
 La sangre la dañó yerba nociva.
 En la mineralogía á tu siniestra,
 ¿Cómo se ve la faz oscurecida
 Del oro, el color óptimo mudado,
 Como cuando su luz el sol eclipsa!
 ¿En dónde, pues, tristísima matrona,
 En dónde tu atencion, Granada, fijas,
 Que en el pesar ó el llanto no tropiece,

(1) Se harían estas notas difusísimas é improporcionadas á la concision del elogio fúnebre, si en ellas se individualizasen las fundaciones, dotaciones, decretos, cédulas reales, y en una palabra, el celo con que el difunto monarca promovió el lustre y adelantamientos de las letras; por esta razon se omiten semejantes citas, como también las pertenecientes al real esmero sobre los progresos de todas las artes, oficios, agricultura, industria y comercio, y á los establecimientos piadosos, con que hizo tan memorable su reinado.

Halle al dolor, encuentre la fatiga?
 Si de visiones tales conturbada,
 Del aire embarazado la retiras,
 En la tierra buscando el desahogo
 Con la agradable variedad, que pinta,
 En tus campos, suspensos los arroyos,
 Ceñudo el monte, lóbregas las simas,
 Mudas las aves, áridos los prados,
 Las driades del bosque fugitivas,
 Ociosa, inmóvil, su labor desierta,
 Mal entre densas nieblas distinguida,
 La agricultura yace, abandonada
 A la consternacion y á la desidia.
 En tus calles y plazas... A mi númen
 Dad ahora fuego, musas granadinas;
 Esforcemos la voz, al pecho inflamén
 De alto furor abrasadoras chispas.
 Eso sí; descended, Henad mi plectro,
 Y aunque embotado en fúnebre sordina,
 Atraiga los peñascos, si es posible,
 El triste són de mi cadente lira.
 En tus calles, tus plazas, á millares
 De juventud leal, tierna puericia,
 Exhaladas por Carlos las entrañas,
 Subir quieren en humos donde habita.
 De un parasismo en otro y tropezando
 En su infelicidad, tres peregrinas
 Transportadas beldades en el centro
 De la llorosa turba se registran.
 La pintura, robados de su aspecto
 Los colores, parece los destina
 A la tersa, con trémulas acciones,
 Tabla, que rompe, y los pinceles tira.
 La estatuaria el cincel, que la distingue,
 Arroja al Darro, por si amor la obliga
 A labrar un real busto, cuya forma
 La esté extrayendo lágrimas continuas.
 Y para dar canales á las suyas
 La arquitectura en pena tan prolija,
 Cuando ha faltado su columna en Carlos,
 En su rostro conserva las estrías.
 ¿Adónde, nobles artes, os conduce
 Tanta enajenacion? De la perfidia
 Quejaos, de esa comun, de esa implacable
 De chozas y palacios enemiga.
 Los ayes en los ángulos resuenen
 De la estancia, en que al cielo se sublima
 La fundacion de Carlos (2), cuyos dones
 Entre tantos objetos os alistan (3).
 Allí los uniréis á los que aquella
 Porcion celosa de la patria expida,
 Que, auxiliada de gracias del Monarca,
 Del bien comun y vuestro lustre cuida;
 Aquella que, criada en los angustos
 Brazos de Carlos, sus piadosas miras,
 Real ánimo, benéficos deseos
 Sabe llenar con justa economía.
 Amigos del país, los que incensantes
 En su mayor felicidad vigilan,
 Cuando en el trance huérfano le lloran,
 Nunca mejor su estimacion le indican.
 Faltóles su erector, faltó la mano
 Bienhechora, que á expensas repetidas
 Se abrió, y con ella el corazon, que pío
 Se esmeró en privilegios y franquicias.
 Publíquenlo industriosos artefactos
 De esos vellones, que el ganado cria,
 De esas semillas, que la tierra aumenta,
 Y de esas hebras, que el gusano hila (4).
 Mas ¡quién ha de callar? Europa toda,
 El africano y el remoto china,

(5) Erigióse la Real Sociedad de Granada en virtud de reales órdenes del señor don Carlos III y su supremo Consejo de Castilla, y fue aprobada por real cédula, expedida en 28 de Noviembre de 1776.

(2) La escuela de dibujo establecida por la Sociedad, el año de 1777, y en que principalmente se atendía á los adelantamientos de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, se dotó por el Rey, el año de 1784.

(4) El mismo augusto erector y protector fomentó las elaboraciones de la lana, cáñamo, lino y seda, con diversas cantidades, que para dichos efectos se dignó conceder á la Sociedad.

El oriental y el indio de Occidente
Serán del grande Rey panegiristas.
De fogosos volcanes el Vesubio
De Nápoles y el Etna de Sicilia
Levantarán á su inclito monarca
Sobre las nubes elevada pira.

Que no es posible, no, que Italia olvide
Al armado garzon, cuya pericia
Militar, cuyos bélicos alientos
De Montemar la cólera encendian,
Cuando aclamaron su valor, de Capua,
De Gaeta, de Bitonto las conquistas,
Y dispuesto le hallaron las coronas
A ganarlas primero que ceñirlas (1).

Fértil campaña de la altiva Roma,
Que elevas á Veletri, ni tú olvidas
Entre el denuesto horrisono de Pálas,
Del héroe las marciales bizarrías (2).
Ni cómo borrará de la memoria
Neptuno al que en su espalda cristalina
Vino cogiendo de la aurora llantos,
Corrió del alba numerando risas?

Geroglífico aqúestas á su dueño
Los júbilos de España pronostican,
Y de los tristes reinos que le pierden,
Los otros son imágen expresiva.

Hasta que Barcelona alborozada,
Rindiendo á Carlos de lealtad primicias,
A cumplir empezó los vaticinios
Al despedirle las cerúleas ninfas (3).

Y el númen tridentifero á su imperio,
Resonando de nácar la bocina
En sus algosos labios, las futuras
Ventajas que presiente, felicita.

No le engañó su corazón; por Carlos
El floreciente pié de su marina,
Su táctica naval, sus pabellones
Respetaron los reinos y provincias.

Emula en sus ejércitos la tierra,
La disciplina recta encarecía,
En que unir lo mejor supo su acierto
De prácticas moderna y primitiva.

Ella admiró poblados sus desiertos,
Dócil al caminante la colina,
Nueva trasportacion en nuevas aguas,
Y nuevo paso sobre las antiguas.

Sus pantanos, sus ásperas malezas
Vió convertirse en deliciosas vías,
Cercadas de los árboles, en donde
Tórtolas lloran, ruiseñores trinan (4).

Uno y otro elemento los progresos
Y las utilidades preconiza
Del nacional comercio, cuya fama
Los concavos llenó de opuestos climas.

Pero volved en vos; algunas treguas
Dad á los ayes, artes afligidas;
El cielo (ni es lisonja del deseo)
Os mira afable, y el dolor suaviza.

De él viene aquella superior belleza
Con que el mustio recinto se ilumina,
Y como el sol los húmedos vapores,
El llanto fiel de la beldad disipa.

(1) Antes de quedar el Rey, entonces infante de España, en la pacífica posesión de los reinos de Nápoles y Sicilia, animó con su presencia y valor al Duque de Montemar, conquistador de Orán y general de las armas españolas en Italia, el año de 1755, en que se apoderó de Nápoles, de Gaeta y de Capua, y en el de 1754, en que fueron derrotados enteramente los imperiales en las cercanías de Bitonto.

(2) El año de 1744, el Rey, que entonces lo era de Nápoles y Sicilia, en la invasión de Veletri por las tropas enemigas austriacas, puesto á la frente de los carabineros reales, los esforzó valerosamente á la defensa; y ocupando despues el centro del regimiento de guardias españolas, dando con la mayor presencia de espíritu, en medio de los contratiempos, las más acertadas ordenes, manifestó el valor de un verdadero soldado y el talento de un experto general.

(3) Desembarcó en Barcelona el señor rey don Carlos III, el año de 1759, en que entró en su reinado, viniendo á tomar posesión del trono español.

(4) Son bien notorias, aun más allá de los límites de la Europa, las sábias disposiciones del Rey, felizmente desempeñadas, acerca de nuevas poblaciones, caminos, canales, puentes, y cuanto pudo conducir á la pública felicidad.

Risueño, aunque modesto, su semblante,
Que de azucena y de carmin salpica,
El velo hasta los ojos, y sagrada
Cruz de su diestra con respeto asida,
La religion se ofrece rodeada
De virtudes, haciendo que distingan
De cada cual el místico carácter,
El rostro, la aptitud ó las divisas.

Y la voz dirigiendo á la matrona,
«Oh Granada, no temas; tanto distan
(La dice) cómo el cielo de la tierra
Tus consideraciones de las mias.

»Murió Carlos; es ésta, aunque terrible,
De la naturaleza ley precisa;
Un decreto comun á los mortales
De aliento á reyes y vasallos priva.

»Es verdad que en el tracto no pudiste
De mal prolijo ó de dolencia ambigua,
Beber, entre esperanzas y temores,
Más lentamente el cáliz del acibar.

»Ni cometa fatal entre los astros
Se vió lucir, que hablase á la impericia
De los vulgares, que futuros males
De sus terrores pánicos fabrican.

»Yo sí, que de la boca del Monarca
El anuncio escuché; yo en la oficina
De su cristiano pecho aquellos justos
Sentimientos del alma construí.

»Apénas de la fiebre acometido,
De España un jóven leon se disponia
A penetrar la tierra, como en busca
De sus preciosas lusitanas quinas (5);

»Cuando Carlos, la mole estremeciendo
De la española octava maravilla,
«Gabriel muere, repite resignado,
Y es tiempo de que yo sus pasos siga» (6).

»Fué así; se postra, agrábase; la córte
Se sobresalta, España se contrista;
Contúrbase la tierra; acude al cielo,
Llama á sus puertas, su piedad suplica.

»Y yo, presente al tiempo que á implorarla
Le persuaden, expongo las reliquias
Insignes de los santos, las venera;
Mas no á vivir, sino á salvarse aspira (7).

»Yo le imprimí las últimas ideas
Entre el afecto natural que abriga
Cuando al Príncipe llama, en cuyos actos
Mi entereza también se enternecia.

»Oh qué sabios consejos, qué cristianas
Reflexiones oí! ¡Cómo insistia
En mi guarda, en mi honor, en mi defensa,
Y en la inviolable fe de la justicial!

»Qué ternura, sin nota de flaqueza,
Cuando recomendó la real familiar
¡Qué amor cuando al vasallo! ¡Qué acendrada
Caridad cuando al pobre preferia!

»Basta, Carlos; que es Carlos quien escucha;
Carlos quien á tu lado, reprimidas
Las fuentes de sus ojos, ha heredado
Primero tu piedad que tu real silla.

»El te obedecerá; y á la pobreza,
Que por el pan en su indigencia grita,
Entregará las llaves de tu erario
Aun estando calientes tus cenizas (8).

(5) Difunta la señora infanta doña María Ana Victoria de Portugal, en 2 de Noviembre del año pasado de 1788, fue notable el dolor que penetró el corazón de su esposo, el señor infante don Gabriel, hijo del Rey, y en el día 12 del mismo mes le postró la última enfermedad.

(6) Inmediatamente profirió el Rey este oráculo: *Gabriel se muere, y yo le sigo*. Verifícase lo primero en 25 del mismo mes de Noviembre, y lo segundo veinte y un dias despues.

(7) Singular contestacion del Rey, cerciorado de su próxima muerte temporal, cuando el dia antes, al presentarsele, entre otras reliquias sagradas, el cuerpo de san Isidro, patron de Madrid, y los huesos de su santa esposa, María de la Cabeza, le persuadian á que pidiese á Dios su vida y salud por intercesion de aquellos bienaventurados.

(8) Nuestro angusto monarca reinante, en su real decreto, expedido en Madrid, á 18 de Diciembre del año próximo pasado, resolvió mandó, por un efecto de su real benignidad y compasion á sus amados vasallos, particularmente los pobres, afligidos por el subido precio del pan, que, sin embargo de que la carestia de gra-

»Se que perpetuará los que á mis aras
Obsequiosos, en tí me renacian,
Mis nuevos Constantinos y Teodosios,
Mis antiguos Davides y Josías.

»El los respetos de ambas potestades
Hará guardar, sin confundir las líneas
De imperio y sacerdocio, que en tu escuela
Halló tan sabiamente distinguidas.

»Tus levantados templos, tus piadosas
Fundaciones, que tanto te acreditan,
Serán espejo, donde atento mire
La feliz senda que al empero guía.

»Sostendrá aquehos montes, erigidos
Por tu piedad á tantas desvalidas
Personas, y en hospicios y hospitales
Continuará tu propension benigna.

»Tal le dije. Del peso de dos mundos
En los hombros del Príncipe se alivia;
Su espíritu recoge, la hora llega,
Y le entrega al Criador en paz tranquila.

»Ésta fué el don de Isidro y de su esposa,
Y del único bien que apetecia
Ante sus cuerpos santos el Monarca,
Envidiable católica premisa.

»Yo canto á Carlos cuando tú le lloras,
Oh leal ciudad; le aplaudo con fe pia,
Ciñendo allá laureles, que respetan
Esos rayos, que Láquesis fulmina.

»Sí, Granada; aquel grande, portentoso
Cúmulo de virtudes me lo indica;
Está en el cielo el que ensalzó en la tierra
La Concepcion sin mancha de María.

»Ésta Patrona allí, que á sus dominios
Señaló acá (1), y á la orden distinguida
Que fundó de su nombre (2), le ha llevado

nos, dimanada de la continuacion de años escasos de cosechas, no permitia, según cálculos y experimentos, venderse el pan con la deseada conveniencia, no teniendo el publico derecho á que abasto alguno se le suministrase á menos precio de lo que cuesta; en prueba de la consideracion que deben los necesitados á la piedad de su majestad, se supliere de cuenta de su real hacienda el importe de la pérdida que causase la baja de un cuarto en el pan de Madrid, de las dos clases de que por lo regular se abastecen los pobres, por el termino de seis meses.

(1) Patronato de María Santísima, en el misterio de su Concepcion Inmaculada, á favor de España y sus Indias, concedido á petición del señor don Carlos III, por la santidad de Clemente XIII, en 1760.

(2) La real y distinguida orden española de Carlos III, que fundó en 1771, está bajo la proteccion de la misma Señora, en dicho misterio.

ODA I.

A la temprana muerte de Floridiana.

Tirano dolor mio,
Que haciéndome tu esclavo,
Voz, libertad y juicio
A un tiempo me has quitado;

Mis penas te enternezcan,
Merezcan por un rato
Que desates piadoso
De mi garganta el lazo,

Y pues mi mal es fuerza
Que oculté á los humanos,
Permite que le sepan
Los montes y los prados.

Atiendan... pero ¡ay triste!
Parece que, turbados,
Los polos reproducen
Su primitivo caos.

Sangre el Olimpo vierte,
Brotó el abismo espantos,
Gime la tierra y brama
El piélago salado;

Aterroriza á silbos
El Aquilon insano,
Y á horrores fulminantes
El tétrico nublado.

Desparecióse el dia,

Los pájaros callaron,
Desplegó sin estrellas
La noche el negro manto.

¡Ay, pastor infelice!
Disperso mi ganado,
Le llamo y no me escucha,
Le busco y no le hallo.

¡Qué susto! Yo fallezco;
Mas ¿dónde estoy? ¡Qué extraño
Frenético delirio!

Me pone en tal estado?
¿No está sereno el cielo?
¿No halaga el viento manso?
¿No está la tierra inmóvil?

¿No esparce el sol sus rayos?
¿No paca, no retoza
Unido mi rebaño?
El simple corderillo

¿No acude á mi reclamo?
Es verdad; mas ¿qué gusto
Dará al palomo casto
Que rosicler hermoso

Dore los montes altos,
Si los hados á eterna
Noche le condenaron,
Robada su consorte
Del gerifalte airado?
La blanca tortolilla,

ODAS.

Donde celeste zona eterna vista.

»Pero no es éste el único consuelo
Con que el mal de esta pérdida mitigas;
Casi no ha muerto un padre, que fecundo
Dejó despues de sí quien le asimila.

»Carlos, su hijo primero, en cuyas sienas
Pronto el laurel, pacífica la oliva,
Presto el mirto, tejiéndole guirnaldas,
Sus más fértiles ramos depositan;

»Carlos es ya tu rey; superfluo juzgo
De hipóboles usar; esta sucinta
Simple nocion de júbilos el alma
Colme, que así con sus pesares lidia.

»Léjos de tu comarca, emporio noble,
Los túmulos profanos, las vestidas
Aras de azules vendas, los cipreses,
Y el sexo que el cabello desalía;

»Ni las negras ovejas de su sangre
Llenen en su contorno las vasijas,
Que despues en las hoyas se difunda,
Néctar con que á los manes se convida (3).

»Tú al Dios eterno, que por mí conoces,
Ofrecerás con ceremonias piás
La sangre del Cordero immaculado
Cuando á reales exequias te apercebas.

»Tu Sociedad Patriótica á su templo
Hará arder en antorchas derretidas,
Y que en sus sacras bóvedas resuenen
Patéticas, devotas melodias.

»Despues impetrarán sus individuos,
Sin levantar del suelo la rodilla,
De Carlos Quarto prósperos sucesos,
A Aquel que quita y da las monarquias;

»Y compitiendo al fénix las edades,
Que en lazo régio por mí bien asista
A su lado, embeleso de españoles,
La majestad excelsa de Luisa.

»Así será; mis ayes, los del reino,
Los tuyos, los del cuerpo que á porfia
Te engrandece, serán de sus virtudes
Lenguas, que rompan en perpetuas vivas.»

Dijo la religion; Granada entonces
Entre el dolor y admiración respira,
El llanto templó, y su lealtad consagra
Al Rey de las Españas y las Indias.

(3) Ceremonias de la antigüedad pagana, en las exequias por los ausentes.

La diversion en vano;
Que el que de véras siente
No encuentra objetos gratos.
Luego ¡yo no deliro?
¡Plugiera al dios vendadol!
¡Ojalá sueño fueral
No es sueño mi quebranto.
Bien conoció tu márgen
¡Oh Manzanares sacrol
La más bella zagala
Del suelo carpentano.
De superiores fuerzas
Robóla infiel corsario;
Yo la busco, y las mias
Inútilmente canso.
Tropezando entre sombras
Por aquestos ribazos,
Ni el eco me responde
Cuando su nombre llamo.
Murió mi Floridiana.
¡Oh Parca, que has robado
La flor mejor al suelo,
Al cielo el mejor astrol
Deten, undoso río,
Tu curso acelerado;
Mis ojos tus corrientes
Aumentarán, en pago.
Dime, ¿cómo me deja
Mi bien y mi regalo?
Mas no responde. Dime,
¿Cómo no la acompaño?
Ella muerta y yo vivo,
¿Cómo no va volando
Mi corazón tras ella
Por esos aires vago?
¿Es posible, es posible
Que día tan infausto,
Cuando le miro triste,
No ciego de mirarlo?
Cruel piedad ofrece
Tan ponzoñoso vaso,
Que devora y no mata
Con tósigos amargos.
Crueldad piadosa ostenta
Puñal que taladrando
Está mi pecho y nunca
Acaba de pasarlo.
Aguarda, amores míos;
Pero ¡qué necio engaño!
Juzgo que está presente,
Y sombras mil abrazo.
No advierto ya en la arena
De aquellos breves pasos
Las delicadas huellas
Que antes iba buscando.
Ya de aquestas alfombras,
Que la agradaban tanto,
No forman ramilletes
Aquellas blancas manos.
Su deliciosa risa
Ni alegra ya estos campos,
Ni incita de las aves
El agradable canto.
Parece que estoy viendo
Sus ojos soberanos
Flechando corazones,
Siendo sus cejas arcos.
¡De su rubia madeja,
Cómo en el alma estampo
Todo un ofir, de verde
Liston aprisionado!
¡Qué graciosa salía
Entre otras de sus años!
¡Ay gracias fenecidas!
¡Ay años malogrados!
¡Quién, pastora del alma,
Quién, hermoso milagro,
Quién, dulce esposa mía,
Quién eclipsó el sol claro?
¡Qué pavorosa nube,
Qué vapor atezado
Oscureció destellos

Que iluminaban tanto?
¿Qué sacrilego impulso
El ara ha profanado
Donde rendí á Cupido
Perennes holocaustos?
¿Qué homicida sangriento,
Qué bárbaro contrario
Rompió de nuestras almas
Tan firme estrecho lazo?
La tuya alegre pisa
Tapetes estrellados;
¡Ay triste de la mía,
Que en lágrimas la exhalo!
Ni duermo ni sosiego,
Y el sol en mi cuidado
Me halla, al nacer, lo mismo
Que me dejó en su ocaso.
Horror me da el bullicio,
La soledad enfado;
No hay cosa que me alegre:
Tan triste vida paso.
¿Cómo de Floridiana
Olvidaré los brazos,
En que el amor más puro
Cifra sus halagos?
¿Cómo de la memoria
Podrá su esposo caro
Borrar la casta imagen
Del norte de su agrado?
Vuelve á correr, ¡oh río!
Que en un ameno llano
Jarama caudaloso
Tu auxilio está esperando.
Llevad los dos, unidos,
Aquesta nueva al Tajo,
Y en la ciudad de Ulises
Sepulte el mar mi llanto;
Pues te será más fácil
Que en retroceso extraño
Te vuelvan á tu cuna
Los montes castellanos,
Que vuelvas á ver de este
Pastor tan desgraciado
Sin lágrimas los ojos,
La vida con descanso.
Riega á Aranjuez fecundo,
Y di al angusto Carlos
Que igual la Parca mide
Las chozas y palacios.
Bien por su régio pecho,
De esta fiera asaltado,
Conocerá las ansias
De un misero vasallo;
Pues despues que en la España
Su nombre veneramos,
Madre, esposa, hijo y nieto
Cedieron á su estrago.
Magnánimas constancias
De este monarca sabio
A tolerar me enseñen
Tan lúgubre fracaso,
Y pues en mi conozco
Que ya el dolor tirano
Me quita el habla y vuelve
A su primer embargo,
Acabaré mis quejas,
Clamando al cielo santo
Y al ángel que allí asiste,
Del suelo trasladado,
Se duelan de estos ayes,
Que ya, de aliento farto,
Aunque sentirlos puedo,
No puedo pronunciarlos.
Las fauces se me anudan,
Y al ir articulando
Tu nombre, Floridiana,
Mi triste vida acabo.
Así en el tosco arrimo
De un césped recostado
Elfino, á las orillas
Del Manzanares claro,
De su adorada prenda

Lloraba el fin amargo,
Dictando Melpomene
Tan finos entusiasmos;
Cuando, el color perdido
Y el corazón helado,
Quedó la voz suspensa
A impulsos de un desmayo.
Anteros, viendo aqueste
De amor prodigio raro,
Capaz de herir al bronce
Y enternecer al mármol,
Cerróle, compasivo,
Los párpados hinchados,
Y en agradable sueño
Troco el fatal letargo.
A Venus dos hermosas
Palomas de su carro
Pidió, que tan amantes
Deliquios arrullaron.
Por sus venas el río
Se deslizó, callado,
Y le halagó, benigno,
Con blando soplo el austro.

II.

Amables soledades
De un desdichado joven,
Ejemplo lastimoso
De amantes y pastores;
Paréntesis de un triste,
Treguas de un alma noble,
Benigno dón del cielo,
Que humilde reconoce,
Ahora, que no hay zagales
Que mi lamento estorben,
Pues lejos del epido
Por esos cerros corren,
Pues sois á la noticia
De mi dolor conformes,
Penetraré la sacra
Piedad del cielo á voces;
Y para que sus penas
El pecho desahogue,
Las que están oprimidas,
Penosas aguas llore.
De tan estrecha cárcel
Salid, testigos pobres
De un justo sentimiento,
Que no es posible borre.
¡Oh lágrimas amargas!
Corred, corred veloces,
Aunque ajeis de los campos
Matices y colores.
Poco importa que al suelo
Todo el verdor se robe.
Si ha muerto Floridiana,
Marchitense las flores;
No encuentre valle umbroso
Mi llanto que no ahogue,
Ni selva que no abraze,
Ni prado que no agoste;
Si tropezare en ellos,
Desgájense los robles,
Liquidense las breñas,
Disipense los montes;
La tierra á su contacto,
Con bostezos disformes,
Sus piadosas entrañas
Patentes haga al orbe,
Y en líquidos metales
Asombros mil aborte,
En dolorosa prueba
De que sus venas rompe.
¡Oh lágrimas amargas,
Corred, corred veloces,
Ahora, que no hay zagales
Que mi lamento estorben,
Me dicen que domine
Del hado los horrores
Y que en mi pecho reinen

Alegres impresiones;
Que faltando aquel dulce
Iman de mis amores,
Fueron los sentimientos
Muy justos por entónces;
Pero que ya del tiempo
Al duro imperio postre
De mis memorias tristes
El trágico desórden;
Mas, vive Amor, detesto
Tan péfidos errores;
Ni es cuerdo su consejo
Ni sabias sus lecciones;
O es fuerza que sus almas
Lo que es amar ignoren,
O como yo, sin duda,
No aman los otros hombres.
No quiso al bien perdido
Quien tasa al duelo pone;
Que hay golpes á que eternos
Lamentos corresponden.
Como es tan imposible
Que su sistema adopte,
El pecho me atraviesan
Tan necias persuasiones,
Y tanto me impacientan,
Que temo que destroce
Mi cólera algun día
Sus tibios corazones;
Mas ¡ay! que es consolarme
Su fin, aunque me enojen,
Y culpas tan piadosas
Es fuerza que perdone.
Que el llanto, que las quejas,
Que aun las iras no asomen
Delante de ellos, manda
La ley que el cielo impone.
El pecho las encierra,
El labio las esconde;
¿Quién vió, cielos, tan grande
Desgracia de pasiones?
Sólo al semblante hallaron,
En tan furioso choque,
Testigo de sus ansias,
Parcial de sus rigores.
Este ha sido el que siempre,
De adustas confusiones,
De lástima y espanto
Pobló los horizontes,
Ensobercó los vientos,
Horrorizó los bosques,
Estremeció las altas
Esteras y regiones.
Así me halló algun día
La primavera en donde
Gozaba en otro tiempo
Delicias de la córte,
Y viendo tal quebranto,
No quiso que sus dones
Los humanos sentidos
En tierra y aire gocen;
Pues no hay flor en los prados
Que en tales aflicciones
No embote su fragancia,
Su pompa no deshoje;
Haciendo á los jacintos
Que nevós aires formen,
No su fatal contienda,
Sólo mi mal exponen.
Las nacaradas rosas,
Ajando sus primores,
A Floridiana sienten,
Y olvidanse de Adónis.
Ni celos de Tereo,
Ni desaires de Progne;
Sólo el pesar de Elfino
Lloran los rniseñores.
De Céfalo no atiende
El aura ya las voces;
Que no halla á quién dar celos,
Si está difunta Póris.
Tan lastimosa escena

Representó á los orbes
La desgraciada reina
De esoiras estaciones.
Acuérdome que en ella
A una ovejuela pobre (1),
Cuando al hijuelo daba
Dulcísimos sabores,
Los lobos inhumanos,
En el cordero dócil,
Del alma los pedazos
Arrancaron traidores,
Y oyendo sus balidos,
Con tiernas expresiones
Prorumpí, detestando
Del Mayo los verdores;
Los corderos lozanos
¿Qué importa que retocen,
Las pieles adornando.
De cándidos vellones?
¿Qué delicioso objeto
Será posible borre
De una inocente sangre
Los trágicos renglones?
Desde entónces parece
Que fiel mi grey dispone
Copiar los sentimientos
Que en su pastor conoce.
De verme se entristece,
Suspéndese y no corre,
Insipido halla el pasto,
Y el manantial salobre.
Ceñida en la fragosa
Ladera á que se acoge,
No hay que esperar que de ella
Las cumbres se coronen.
No hay voz que no la asuste,
Piedra en que no zozobre,
Zarza que no la hiera,
Vereda que no ignore.
Nunca advertí que tanto
Su timidez agobien
Los hielos de Diciembre,
De Julio los calores.
Tristes ovejas mias,
Perdido vuestro norte,
¿Qué puerto se os descubre?
¿Qué rumbo se os propone?
¿Qué me mirais atentas?
Ya vuestras suspensiones
Conozco que me dicen
Que á vuestro dueño os cobre;
Que os restituya aquellos
Dos peregrinos soles
Que siempre os merecieron
Tan finas atenciones.
Tal clamo yo á los cielos;
Pero ellos me responden
Que sus decretos justos
No es fácil se revoquen;
Pues si se concediera
Que tanta empresa logren
De las humanas artes
Las fuerzas inferiores,
¿Quién os ha dicho hubiera
Ni aun leves omisiones
Hasta verter la sangre
Que por mis venas corre?
Penar es el recurso,
Sin que rigor se note,
Siendo el que yo me tomo
Que el mismo os proporcione.
¡Ay pastora agraciada!
Tus ecos tan acordes
Fueron á sus oídos,
Que ya me desconocen.
Esposa de mi vida,
Desde aquezas mansiones,
Que eternamente gozas,
Escucha sus clamores.

(1) Oda primera: «Tirano dolor mio.»

Mas ya del sol las ruedas
Tiran Elégon y Etonte,
Donde su luz copiosa
Nuevo hemisferio dore;
Del Héspero lucente
Los rayos brilladores
Asoman por resquicios
De munistios arboles;
Ya humean las cabañas
Que humildes nos recogen,
Y de los montes altos
Las sombras son mayores.
De ellos descende Mopso
Con rústicas canciones;
Venid, ovejas tristes,
Que baja ya la noche.
Al són de la zampoña
Menálcas y el entonen
Los celos de Amarillis,
Las gracias de Licóris;
De las torcidas ondas
Que el cáñamo compone,
Respeten sus manadas
Las leyes superiores,
Y á su redil unidas,
Acójanse conformes
Adonde sueño y vida
Melampo las custodie;
Que yo os guiaré á vosotras,
Sin que á los dulces sonos
Se adapten de mi avena
Más que funestos motes.
Tanto penar los cielos
Propicios nos mejoren;
Venid, ovejas tristes;
Que baja ya la noche.
En tanto que al imperio
Del rígido Boótes,
Escarchas vuelve el suelo
Del cierzo los humores,
Zagales y zagalas
Le templen ó soporten
Cuando al hogar ardiente
La seca leña arrojen.
Al rededor unidos,
Circo espacioso formen,
En que alegres mantengan
Simples conversaciones,
Así las largas horas
Engañen uniformes
Que el húmedo solsticio
Hurta de Febo al coche;
Que yo á sufrir camino
Nuevas cavilaciones.
Venid, ovejas tristes;
Que baja ya la noche.
Rústico plato brinde
A su apetito, y logre
Que le envidien las mesas
De reyes y señores.
Luego que sus sentidos
Benigno sueño ronde,
Los nocturnos sosiegos
El lecho perfeccione.
Yo aceptaré en mi mesa,
Solo, sin mi consorte,
Lo que al melindro baste,
Sin que á la vida sobre;
Y velaré en ausencia
Del sol, pues tanto golpe
Ni aun permite mi estrella
Que así desimpresione.
¿Qué hemos de hacer, Elfino?
Los cielos no me oyen,
Venid, ovejas tristes;
Que baja ya la noche.